

de la Colonia Tolstoyana. Tolstoy, el artista de Yasnaia Poliana, era, para él, d'Halmar y otros, como un semidiós; estaban embelesados con su doctrina moral y filosófica, querían seguirle a ir a Rusia para besar sus manos y adorarle.

Santiván era un enamorado impenitente, se casó cuatro veces. En estas memorias noveladas, hay páginas románticas y dramáticas, como las de sus demás obras de ficción; y a través de todas ellas se advierte el chileno de pura cepa, descendiente de castellanos montañeses.

La semblanza de d'Halmar está hecha con pinceladas precisas para dar una idea exacta de la personalidad de este extraño escritor, cuyo influjo en la formación de las auténticas letras chilenas es notable a principios del presente siglo. Crea la prosa poética y el imaginismo en nuestra literatura. En sus obras hay más ritmo, musicalidad y emoción que ideas o doctrinas.

La pluma de Santiván se desliza sin tropiezos por los breves capítulos de *Memorias de un tolstoyano*. Recuerdos rápidos, fantásticos, gratos y a veces incisivos, entre los cuales hay algunos primorosos, como *El entierro de la abuelita*, tan impregnado de poesía.

Actualmente Santiván, después de haber ejercido el cargo de secretario general de la Universidad Austral y la docencia, vive en la ciudad de plata y raras veces viene a Santiago.

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At414-121AAFA10121>

Antología del árbol, de ALONE. Zig-Zag, 1966

Alone que ama todo lo bello, siente verdadera pasión por el árbol; ese incomparable amigo del hombre, a cuya sombra benéfica, de uno u otro modo, nace, crece, vive y muere.

Los árboles son indefensos, "los animales tienen patas, garras, alas, corren por la tierra y se esconden, vuelan a perderse en el aire o se deslizan rápidamente bajo las aguas y muchos están bien dotados para atacar". ... En cambio, "los árboles clavados, inmóviles, sólo disponen de su belleza"; pero no todos los hombres saben apreciar su hermosura; y "si a más de sus enemigos no existieran sus amigos, estarían condenados".

Magnífica idea la de Hernán Díaz Arrieta, de hacer una *Antología del árbol*; y de publicarla a raíz de la Fiesta del Arbol; porque es muy triste y desolador comprobar que Chile, pueblo de arboledas y cuyos "primitivos bosques comprendían veinticinco millones de hectáreas", esté reducido a "cinco millones, incluyendo trescientos cincuenta mil que se han plantado. Cuatro quintas partes perecieron". Todo hombre civilizado y culto concuerda con Alone en que "esto es una catástrofe".

Siempre hemos pensado que, si el hombre es el ejemplar o prototipo del reino animal, el árbol lo es del vegetal; aún más, el Creador omnis-

ciente a los dos los hizo con mucha semejanza: el hombre se forma en el seno de su madre y el árbol en el de la tierra, uno y otro crecen, viven y dan frutos; ambos, al fin, quedan reducidos a ceniza. Dios, que creó al hombre a imagen y semejanza suya, parece haber hecho al árbol a imagen y semejanza del hombre; pero éste a veces se torna agresivo, y el árbol es inalterablemente pacífico: nunca hace daño, siempre se muestra bienhechor. "Dulce árbol", canta la liturgia en los días sacros, porque en el leño de la cruz se realizó la redención del género humano. Gabriela Mistral pensó que el árbol era tan bueno o mejor que el hombre: "El Señor te hará tan bueno / como un buen hombre o mejor". José Miguel Moreno, el joven poeta nuestro, dijo: "Árbol, tú simbolizas el impulso más puro, / el impulso del hombre de crecer, de subir, / y olvidando lo bajo, lo mezquino, y obscuro, / en la luz, y en el aire, florecer y sentir. / De la cuna a la muerte, sirves toda la vida. / Dios está en tus raíces enseñando su Amor".

Alone, a quien tantos envidian porque no logran alcanzar su estatura artística, ha rendido homenaje a su amigo el árbol en esta *Antología*, a la cual se entra por un bello pórtico lírico de Vicente Huidobro: "¡Silencio!, que va a nacer un árbol"; y en este florilegio encontramos las más deliciosas páginas en prosa y verso que los escritores chilenos han dedicado al árbol, desde la Colonia, con el Padre Alonso de Ovalle y el Abate Molina, hasta nuestros días, don Miguel Moreno y Rosa Cruchaga de Walker; pasando por los siglos XIX y XX con Vicente Pérez Rosales, Augusto d'Halmar, Vicente Huidobro, Julio Barrenechea, Gabriela Mistral, Juan Guzmán Cruchaga y Juvencio Valle.

El prólogo de Alone tiene la donosura de su prosa embrujadora; porque aunque, algunas veces podremos estar en desacuerdo con él en "lo que dice", siempre celebramos la forma "cómo lo dice".

El antologista no concibe el odio que se ha desatado en Chile contra el árbol, y se pregunta de dónde viene: "La mente —dice— se confunde ante el origen de ese extraño sentimiento, y la evidencia de que alienta en seres civilizados". Ciertamente es inconcebible tan extraña animosidad; máxime para quienes como el autor de estas líneas, crecieron escuchando loores al árbol: Mis antepasados, por línea paterna, nacieron y se criaron a la sombra de los naranjales tuncanos; los de la línea materna vieron la luz y se formaron bajo los bíblicos olivares de ese rincón arbolado de la antigua y dilatada Colchagua. Mi madre, por sus manos, plantó los árboles frutales y las vides en nuestra vetusta casona de la Avenida Providencia, no hace mucho demolida para levantar allí un alto edificio. Jamás olvidaré cuánto celebraba el arzobispo José María Caro, grande amigo del árbol, al ver en el patio de la vieja casa parroquial de San Francisco Solano, amarillear los caquis en el árbol plantado por el joven cura, para embellecer esa rústica morada de tan caros recuerdos en mi vida eclesiástica. Finalmente, durante siete primaveras contemplé, desde mi biblioteca de la casa parroquial de San Saturnino, aquel añoso ceibo

de follaje perpetuo cuyas flores escarlatas alegran la histórica plaza del Roto Chileno, desde noviembre hasta enero. Sus pétalos, como suave alfombra, cubrían los prados y caminos del secular e histórico paseo. El ceibo enrojecido anima el barrio formado al calor de la gesta de Manuel Bulnes.

Agradezco a Alone que su hermosa *Antología* me haya dado ocasión para rendir homenaje al árbol amigo.

F. A. B.

Recuerdos de cuarto de siglo, de JOAQUÍN EDWARDS BELLO. Zig-Zag, 1966.

Joaquín Edwards Bello nunca ha presumido de grande escritor; y, tal vez, por eso mismo lo es en realidad. Que no es un purista ni cultiva el preciosismo nadie lo duda y por ello se le admira incondicionalmente; este es su mayor mérito, porque el estilo es el hombre, y nuestro autor dejaría de ser el cronista espontáneo y vigoroso, si hubiese pretendido aderezar la frase, cuando hace 46 años, don Pedro N. Cruz le reparó por primera vez la forma literaria: "Su pluma sería, sin duda —dijo—, una buena adquisición para un periódico. Tiene precisamente lo que necesita la crónica de la vida social: el estilo corriente y ligero, la ilustración superficial que dan los viajes cuando no hay instrucción sólida, el gusto frívolo, la *pincelada viva y oportuna*, la *expresión pintoresca*, buen ojo para dar carácter al perfil de las personas y de los objetos"¹. Esta crítica, aunque limitada y tendenciosa, reconoce las cualidades del certero cronista; ella pudo haber amilanado al joven escritor de 33 años, pero ya tenía una personalidad definida y la opinión de don Pedro N. Cruz no influyó en su ánimo.

En cambio el sacerdote que fundó en Chile la crítica literaria, decía en 1912, que "en el autor de *El inútil* y de *El monstruo* descúbrese un talento literario indiscutible"². Al criticarle en *La cuna de Esmeraldo*, el 22 de julio de 1928, algunas incorrecciones de lenguaje, a propósito de aquel concepto de Edwards Bello en el cual manifiesta que "Es preferible, una frase comprensible con errores gramaticales y mal redactada, que una ininteligible, sujeta a las reglas del idioma", Omer Emeth escribía: "Muy bien: y la frase que acabo de copiar puede servir de modelo. Pero, pregunto: ¿qué perdería esta frase si donde hay *que* (error gramatical intencionado, no cabe dudarlo) hubiese *a*", como lo exige la gramática? ¿Existe por otra parte, una frase ininteligible cuando obedece a "todas" las reglas del idioma?"

"Con todo —prosigue— creo adivinar la intención de nuestro autor. Lo que él persigue es, a mi ver, el amaneramiento, el estilismo desenfrenado, el academismo. Quiere el señor Edwards naturalidad, sinceridad, sencillez. No le agrada el plaqué literario ni la eterna rebusca del vocablo

¹*Literatura Chilena*. T. III. Pág. 98. na. Pág. 766.

²*Estudios Críticos de Literatura Chile-*